

atender a una infeliz familia... ¿De qué tiempo, pues, podría disponer ese gran consolador de las miserias corporales, para estudiar las del alma, y para qué? Yo soy un egoísta y un insensato, viniendo a molestar a un hombre como éste, entre la cabecera de un canceroso y la de un tifoideo, pidiéndole un remedio para una enfermedad que no se toca con el dedo, que no se aprecia con el termómetro, que no se sondea ni se opera con el acero. ¡Ah!, qué inteligente era la religión, cuando edificaba claustros precisamente para enfermedades como la mía! Pero, ¡ay!, ¡Port Royal se ha transformado en la Bourbe! ¡La Bourbe tiene su razón de ser, Port Royal la tenía también; pero hoy día no hay más que Bourbes, y ningún Port Royall... Está la falta, y grande, en la asistencia pública, que nunca sospechará Noiroot. Más vale así, porque si lo sospechase, pensaría demasiado en ello, y si pensara demasiado, obraría menos.



MEDITACION XIX

TERAPEUTICA DEL AMOR

II

EL SISTEMA DEL PSICÓLOGO SIXTE

Sin embargo, he procurado seguir los consejos del doctor Noiroot, en virtud de la sabia máxima que este mismo doctor aplica a las aguas minerales: «Recomiendo siempre—dice—las que no pueden ser nocivas... y si no aprovechan... ¡Pchs...!» y se encoge de hombros. A dicho fir, frecuenté de nuevo la célebre sala de esgrima, establecida en la orilla izquierda del Sena, y que se hallaba dirigida por un antiguo dragón de la emperatriz, especie de gigante, delgado y rubio, con perfil de D. Quijote, que venía a mi casa en otros tiempos y me hacía pasar buenos ratos con sus ingeniosas bromas referidas con notable acento meridional. «Hay nueve paradas, señor Larcher—me decía—, y me explicaba la primera, la segunda, y las demás, hasta la octava. ¿Y la novena?—le preguntaba yo—. La novena—continuaba guiñando el ojo iz-

quierdo—, consiste en tomar las de Villadiego...» Este buen hombre me recibió muy bien en su salita de la calle de Jacob, y luego, habiendo examinado mis floretes abandonados hace bastantes años, me dijo que debía comprar otros, una careta, un plastrón y sandalias, sin contar dos espadas de lance que se tomaba la libertad de recomendarme. «Las dan casi de balde—me dijo—, las haremos trabajar juntos, y ya veréis...» Si yo hubiese sido todavía el hombre de antes, el maniático del estudio de los caracteres, capaz de seguir a un individuo semanas enteras, por curiosidad, me hubiera complacido estar en aquella salita, verdadero seminario de espadachines, cuyos principales concurrentes son: cuatro diputados sospechosos, dos periodistas difamadores, cinco maridos de jóvenes y lindas mujeres y varios amantes profesionales. ¡Ay!, mi pobre máquina nerviosa no me permite ya el ejercicio violento de los músculos; los médicos no se acuerdan de esto cuando nos aconsejan la vida de atleta; pues esta vida supone, en primer lugar, el atletismo, y éste la salud. Después de ocho días de esgrima, yo no comía ni dormía. Pensaba todavía más en Coleta, y en aquel tiempo en que estando a su lado, narcotizaba mis celos con sus caricias.

Las sesiones de esgrima alternaban, siguiendo siempre los consejos de Noiro, con otras en el hospital, en donde veía desnudeces temeninas, muy propias para separar del vicio a una tripulación de marineros que arriban al puerto. después de un largo viaje. Pero, no; aquellos cuerpos miserables y roídos por las peores enfermedades de la impureza, echa-

dos sobre aquellos camastros de la agonía, presentaban con más fuerza a mi imaginación el recuerdo de los adorables perfiles del cuerpo de mi amada; el estremecimiento de la perfumada batista y de los transparentes encajes que la envolvían; su *budoir*, con cortinas de raso color lila y nuestras embriagadoras caricias entre tanto seductor halago como por allí había...

¡Ah! que un fisiologista no vea en la mujer más que un órgano sexual, siempre lo mismo y obedeciendo a una invariable ley, y que me diga que soy un romántico, porque encuentro o veo con los ojos del alma otra cosa, ¿qué prueba esto? Todas las fealdades del mundo no hacen más que aumentar la nostalgia de esa hermosura que se ha poseído en un medio digno de ella, y que se ha perdido después y perdido voluntariamente. ¡Qué sandez la dé los fisiólogos!

A consecuencia de una de aquellas visitas al hospital, me desperté una mañana, habiendo tenido durante el sueño grandes pesadillas, que me habían representado a Coleta muerta, tendida en la tabla de mármol de una de las mesas de la sala de disección, y a un practicante presentándome un escalpelo para que yo lo hundiese en aquella divina garganta, medio velada por su admirable cabellera rubia. Sentí, al despertarme, en todas mis coyunturas la dolorosa laxitud de los músculos demasiado trabajados. «Si esto continúa—me dije—, voy a volverme loco...» Y reflexionando sobre el método del doctor Noiro, durante ese momento de pereza que tenemos en la cama al despertar, en que el pensamiento se devana

solo como la hebra de la madeja en una devanadera puesta en movimiento por la mano de un niño, vislumburé con extremada claridad el vicio inicial, que formulé como sigue:

XCIV

Un remedio físico no puede producir efecto contra un mal moral, por la misma razón que un paquete de billetes de Banco no cura un ataque de reuma. El alma solamente es la que obra sobre sí misma.

Pero, ¿quién conoce hoy las cosas del alma? Los psicólogos, sin duda, puesto que tal es su misión. Y entonces, ¿por qué no consultar al famoso Adrián Sixte, autor de la *Anatomía de la voluntad* y de la *Teoría de las Pasiones*? Me ha honrado citando, en una nota de su última obra, una frase de una de mis comedias, no le he dado las gracias por ello y esto me proporcionará la ocasión de conocerle. Me visto, felicitándome por esta nueva resolución, y busco las señas de Sixte en el *Tout-Paris*. No las encuentro. En el *Bottin*, tampoco. Recuerdo, en efecto, no haber leído nunca ningún artículo referente a este célebre analista. ¿No vivirá en París? Voy a casa de su editor y consigo al fin saber que el psicólogo vive calle de Guy de la Brosse, al lado del Jardín de Plantas. Subo a un coche, y dando las señas al cochero, tomó éste ruta hacia el extremo del Barrio Latino, en donde he gastado mi juventud. Díjele, pues, que me llevase por la vertiente de la colina de Santa Genoveva, que está en frente del Val de Grace, para pasar por la som-

bría calle de la Vieille Estrapade, en donde se halla el colegio Vanaboste, en el cual daba yo lecciones habrá unos quince años. ¡Cuántas veces he traspasado el umbral de esa puerta, pintada de verde, para ir a empachar con latín y griego los estómagos recalcitrantes de los suspensos de todos los bachilleros, y qué ferviente y apasionado era yo entonces por el arte!... Componía versos entre dos conferencias, de cuatro francos cada una, y emborrataba páginas de novelas, esperando que llegase la hora de mi cátedra, en una mesa del ángulo de un cafetín, que aún existe al lado del colegio. Mi único deseo era vivir de mi pluma y escribir obras maestras, como Balzac. Cuando dispusiera de más tiempo para trabajar, contaba remover el mundo. ¡Oh caída eterna del eterno Icaro! ¿Qué he hecho de mi libertad conquistada al fin, del principio de mi fama y de mi posibilidad de estudiar y de escribir? ¿Quién me hubiera dicho entonces que llegaría un día en que echaría de menos las frías y nevadas mañanas en que, levantándome a las tres de la madrugada, escribía hasta las siete, inspirado por una taza de café más negro que la tinta, corriendo después a eso de las siete y media al colegio Vanaboste, y almorzando en el camino con un panecillo y un vaso de vino tomado en el extremo del mostrador de una taberna, como un obrero? ¡Ah! ¡infeliz, infeliz! ¿Qué has hecho de tu ideal? me dicen las piedras que hacen saltar el coche que me lleva y que mis pies pisaban antaño con tanto orgullo. Vaya, vaya, no nos acordemos de eso. Ya hemos dejado atrás la colina de Santa Genoveva, estamos bajando la calle Lacépide,

entramos en la de Linné, y el coche para delante de la puerta de la casa del maestro.

—¿Hacéis el favor de decirme si vive aquí el señor Sixte?—pregunté a un viejo portero que ponía medias suelas a unas botas, y me admiré al ver en la portería un gallo de magníficas y lustrosas plumas, que saltaba desde el suelo a una cómoda de caoba que se hallaba al lado de aquel portero remendón.

—Cuarto piso de la derecha—chilló aquel anciano que, ganoso sin duda de demostrar a las visitas los talentos de su gallo, exclamó con fingida cólera: —Fernando, quieres bajarte de ahí, gran bribón...— Fernando, que tal era el nombre de aquel bicho familiar, se bajó revoloteando y yo subí encantado de mi entrada en la casa del gran psicólogo. «Debe ser un sabio— me decía yo—una especie de Spinoza moderno, que lleva la vida con que soñaba yo en otros tiempos.» Y llamé a la puerta, dominado por una mezcla de veneración y de curiosidad que se trocó en estupor, cuando comprobé por el ruido de la puerta que se abría, que una cadena de seguridad, colocada en la parte interior, impedía la entrada. Por la rendija entreví una figura de granadero con cara velluda y dura, era la de la criada que me preguntó «qué se me ofrecía.» Nombré al Sr. Sixte y le entregué una tarjeta, que tomó refunfuñando: «Voy a ver si está;» pero no me franqueó el paso. Volvió dos minutos después, quitó la cadena y hablándome con más amabilidad:

—Es preciso os diga, caballero, que hemos sido robados una vez por un individuo que pidió le dejaran entrar para escribir dos palabras al amo, e iba

tan bien vestido como vos... Por eso, ya comprenderéis...

Me hizo entrar en una habitación llena de libros, en donde se hallaba sentado delante de una desvencijada mesa, un hombrecillo de blanca cabellera, la cabeza cubierta con un gorro negro y el busto envuelto en una levita raída, con mangas resguardadas por manguitos de percalina. Las gafas negras que protegían sus ojos, su rostro delgado y su aspecto enfermizo, le daban el triste aspecto de un infeliz empleado, y esto me produjo cierta extrañeza. Comprendí que él a su vez se sorprendía al ver al escritor analista, que había citado en sus graves escritos, tan joven todavía y vestido como un gomoso, notando entonces que yo llevaba en la mano un delgado junquillo que Coleta me había regalado el día de mi santo, y cuyo extremo terminaba, ¿lo diré? con un mono de marfil, que se rascaba la cabeza. Sixte y yo formábamos un contraste eminentemente filosófico. El era el Fausto antes de la tentación y sin Margarita; yo el Fausto después de todas las Margaritas, un Fausto, ¡ay!, tan deshojado como ellas. Por la ventana se divisaba un horizonte de árboles desnudos y la masa negruzca formada por el cedro del Jardín de Plantas. La lumbre se iba apagando en la chimenea, y cambiamos embarazosos cumplidos. Me decidí al fin a explicar al profesor Sixte, así le llaman las revistas alemanas: *Herr professor*, que escribía yo también un libro sobre el amor; pero en forma especial y que llegaba al artículo de los remedios:

—¿Conocéis alguno?—le pregunté.

* * *

El filósofo levantó sobre su frente los anteojos, se recostó muellamente en la butaca, apoyó el codo derecho en la palma de su mano izquierda, la barba en su mano derecha y me respondió:

—Vaya, vaya... este es un problema psicológico de los más fáciles de resolver, con tal que se presente con claridad... ¿Qué cosa es el amor? No entremos en su esencia. Entre paréntesis, no nos ocupemos nunca de las esencias, puesto que no existen... El amor es, bajo el punto de vista puramente fenomenal, la absorción de todas las potencias del alma alrededor de la idea del objeto amado. ¿Admitís esta definición?

—No veo en ella ningún inconveniente—le conté—, admirado por la seguridad con que hablaba y algo confuso al pensar que la definición que he dado yo, se parece mucho a ésta y quiere decir poco más o menos lo que aquélla: El amor, es el amor.

—Precisemos—continuó—. Llamo A grande a ese objeto amado, y a las diversas potencias del alma absorbidas por A, las llamo: a' b' c' d' ... etc. (a prima, b prima...)

¡Dios mío! me dije yo mentalmente. ¿Será esa la psicología moderna de la que he tenido intuición? ¿Consistiría en llamar a Coleta A grande y a nuestros sentimientos a' b' c' d' ...? Sería por demás cómico.

Sentado este principio—continuó Sixte—, ¿admitiréis también que A no existe en sí?

—¿Cómo—interrumpí—la mujer que yo amo no existe en sí?

—Indiscutiblemente, no—dijo el filósofo—; quiero decir que lo que amáis en ella es una imagen que os forjáis de ella, imagen creada, desarrollada y alimentada por las potencias de vuestra alma, que he llamado a' , b' , c' , d' ...

—Sí, lo que queréis decir es que la amo porque la amo...

—Eso es—repuso el filósofo—, buscad el fondo de todas las cosas y hallaréis en él una tautología. El problema de la curación consiste, pues, en desviar del objeto amado hacia otros objetos esas potencias, a las cuales hemos llamado a' , b' , c' , d' ... ¿Está claro? —E insistió con aire triunfante—. La psicología, entendéis, no pasará a ser una ciencia exacta, sino cuando se acostumbre a hablar del alma humana, como se habla de los triángulos y de los cuadrados, o más bien de las ruedas y de los cilindros... En el fondo, ¿qué es un alma? Un reloj que da ideas y sentimientos.

—Y que puede hacer mover sus manillas a su antojo—le dije.

—Se lo figura—replicó el sabio, encogiéndose de hombros—. Pero sigamos nuestro raciocinio. Formemos, pues, la siguiente ecuación: $A = a' + b' + c' + d'$... Esto significa que la fuerza que concentráis en el objeto amado, debe y puede descomponerse en una serie de fuerzas menores. No es más que una suma, y este mismo problema de la curación del amor es igual a este otro: separar sucesivamente a' , b' , c' , d' , hasta que tengamos $A = 0$.

—Las cosas del corazón, no obstante, son más complejas...—insinué yo.

—Traduzcamos sencillamente las fórmulas, y com-

prenderéis en seguida—repuso el filósofo, con un tono que quería decir: «Aquí os esperaba», y con una audacia igual a la de Napoleón, cuando enseñando un punto del mapa geográfico a Duroc, le decía: «En ese sitio venceré al enemigo...»—Os resumo aquí el capítulo del amor de mi TEORÍA DE LAS PASIONES, que la creo completa. El primer elemento que hallamos en el amor, o sea la *a'*, es la sensualidad. El segundo, *b'*, es el amor propio del macho, que quiere dominar a la hembra, poseerla moral y físicamente, de donde resulta esa especie de guerra que surge tan luego como existe trato de amor; el tercero, *c'*, es el instinto de destrucción desarrollado en todas las criaturas, al mismo tiempo que el instinto del sexo, que empuja a ciertos animales a matar al objeto de su goce, tan pronto como lo han gozado. La araña hembra, por ejemplo, devora al macho, en seguida que se siente ella fecundada. En cuanto a *d'*, será esa necesidad anhelante, ese apetito de emociones que produce la inquietud de los enamorados, de que ha hablado Lucrecia en su admirable libro cuarto; *é...*

—Comprendido—dije yo, interrumpiéndole—; no pasemos de estos cuatro puntos. Es lástima, pensé, que necesite tantos circunloquios para explicar lo que quiere decir, porque ve las cosas con claridad. ¿Mas no podía manifestar sencillamente su pensamiento, diciendo que el amor es, por lo común, sensual, orgulloso, cruel e inquieto? Y con ese espíritu burlón, que reside en mí tan desenvuelto, que muchas veces me he mofado de mis propias ideas, estuve a punto de añadir: «Pero si enunciase esta verdad con la sencillez que indico, ¿sería entonces psicología?..»

—Busquemos, pues—repuso Adrián Sixte—, el medio de separar *a'* de nuestro polinomio. Se trata, cosa muy fácil, de aplicar la sensualidad a otro objeto que no sea *A...* Abro el libro de Lucrecia y leo en él: «El que evita el amor, no deja por eso de gozar los placeres de Venus...» *Nec Veneris fructo caret is qui vitat amorem...*

—Lo que quiere decir, que a un individuo a quien vierais sufrir por el amor de una mujer, que fuese desgraciado, le aconsejaríais que tomase otras amantes...

—Sin amarlas, ¿entendéis?, sin amarlas—repuso con marcada entonación el filósofo—. Todo se encierra en esto: Si podéis aunar la imagen del deleite con mujeres que no sean la que mora en vuestras ideas, es evidente que seréis más fuerte para luchar contra vuestra pasión.

—He aquí, precisamente—dije yo—, en lo que consiste el amor, en no poder sentir con otra mujer, las sensaciones que os proporciona aquella a quien amáis.

—Pasemos a *b'*—prosiguió Sixte, que pareció no haber oído lo que yo acababa de decir y observé que su mirada, en vez de dirigirse de dentro a fuera, se replegaba hacia dentro para seguir mejor su raciocinio—. Aconsejaría, en segundo lugar, a ese amante desgraciado, que procurara satisfacer en gran manera su amor propio en la esfera de acción de sus ocupaciones u oficio. Mi parecer es que debe entenderse en este sentido la célebre fórmula de Goethe: «Poesía, es libertad.» Poesía, quiere decir, en mi juicio, creación... El sencillo hecho de hacerse capaz

de cualquier trabajo fuera de amor, constituye un triunfo que produce cierta alegría, en virtud del teorema de Spinoza: «Cuando el alma contempla su potencia, se siente henchida y es feliz.» Así es que diría yo a un abogado: pleitead, y ganad la causa que defendéis; a un comerciante, vended mucho; a un médico, haced curas notables y ruidosas; a un escritor, componed una obra maestra.

—Dispensadme —interrumpí otra vez—, desde el momento en que un hombre es capaz de ocuparse con ardor de su profesión u oficio, puede asegurarse que no está ya enamorado.

—Justamente. Le he curado—dijo el filósofo con cándida sonrisa—; y llego a *e'*... El instinto de crueldad es más difícil de dirigir. Sin embargo, hay algunos ejercicios como la caza y la pesca, por ejemplo, a los cuales considero como los más eficaces derivativos de la ferocidad del sexo. Atribuyo a su predominio la relativa castidad de los ingleses... El arte de la civilización no consiste en destruir los peligrosos instintos heredados de la bruta ancestral, del gran mono de que descendemos, sino en guiarlos con sabiduría. Considerado bajo el punto de vista del interés social, un vicio bien aplicado puede equivaler a una virtud. Esto es lo que me propongo establecer en mi tratado de *Dinámica moral*. Así es que para *d'* en el asunto de que nos estamos ocupando, no me sería repulsivo aconsejar el juego, en pequeño se entiende, para satisfacer la necesidad anhelante y el apetito de emociones de que hablé poco ha. Sí, no lo dudéis, el juego, y también los peligros de grandes viajes... En resumen, he separado *a'*, *b'*, *c'*, *d'*, ...

* * *

—Y A grande igual a cero—dije riéndome.

—Y A grande igual a cero—repitió Sixte con su cándida sonrisa, bajando sus gafas—; lo que significa, señor mío, que el enamorado está libre de su padecimiento.

—¿Me permitís una pregunta?—le dije, levantándome—, porque no quiero abusar por más tiempo de vuestra complacencia.

—Os permito no una, sino diez—replicó con amabilidad—. Estos problemas me interesan mucho, y no es común poder hablar de ellos con un hombre que los analiza tan bien como vos.

—¿Habéis estado enamorado alguna vez?

—Nunca, mi querido señor, nunca—me respondió Sixte—; no he tenido tiempo para ello... Pero tengo mi teoría, y es, que se comprenden tanto mejor las pasiones, cuanto menos se las ha experimentado. Se percibe mejor el objetivo, como dicen los alemanes.